

Dr. C. M. J.
ANALES

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA

DE MEDELLIN

FUNDADA EN 1888

Rep. de Colombia.
Depto. de Antioquia

Segunda época.—Año II
Entrega 11

Medellín, enero 15 de 1932.

REDACTORES

DR. ALFONSO CASTRO

DR. ALONSO RESTREPO

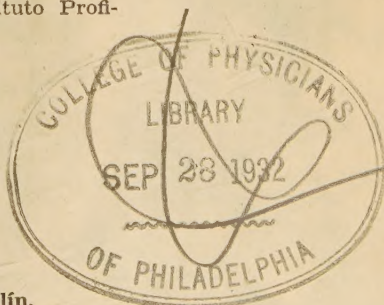
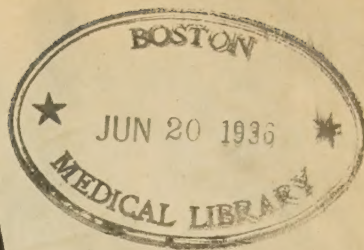
Profesor de Patología general y
Director de la Facultad de Medi-
cina de la Universidad de An-
tioquia, Cirujano de la Clínica
Noel.

Profesor de Parasitología en la
Facultad de Medicina de la Uni-
versidad de Antioquia y Director
del Laboratorio Mpal. de Medellín.

DR. CIPRIANO MEJIA M.

Profesor de Patología Externa en la Fa-
cultad de Medicina de la Universidad de
Antioquia, Subjefe del Servicio Sifilográ-
fico y Venereológico del Instituto Profi-
láctico de Medellín.

Imprenta Oficial.—Medellín.



ANALES DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MEDELLIN

CONTENIDO

Alfonso Castro.

Oración de Estudios pronunciada en el Aula Máxima de la Universidad de Antioquia, al finalizar el año escolar de 1931. Pág. 537.

Gil J. Gil.

Informe de una Comisión. Pág. 542.

Los redactores de la revista no aprueban ni desaprueban las opiniones emitidas en los artículos publicados; tales opiniones deben considerarse como propias de sus autores.

CONDICIONES

La Agencia de los "Anales de la Academia", para todo lo relativo a suscripciones y canjes, está a cargo del Secretario de la Academia.

Número suelto, veinte centavos.... (\$ 0.20).
Suscripción a seis números, un peso. (\$ 1.00).

La correspondencia y los canjes deben dirigirse así:

Sr. Dr. Cipriano Mejía M., Secretario de la Academia de Medicina de Medellín.—República de Colombia. — Sur América. — Palacé, No. 242.

El pago de las suscripciones debe ser anticipado.

ANALES

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MEDELLIN

SEGUNDA EPOCA

REDACTORES: { Alfonso Castro
Alonso Restrepo
Cipriano Mejía, Srio.

Año I	{ Medellín, enero 15 de 1932	{ No. 11
-------	------------------------------	----------

ORACION DE ESTUDIOS

pronunciada en el Aula Máxima de la Universidad de Antioquia, al finalizar el año escolar de 1931.

Señoras, señores:

Vivir! He aquí una palabra de hondo sentido; el verbo supremo. Vivir: ser. Es decir soportar sobre sí desconocidas fuerzas ancestrales, apretujadas en orden admirable, en lo recóndito de los protoplasmas y de los núcleos. Equilibrar continuamente, a cada instante fugaz del tiempo, el prana que en el ser, los milenios y las existencias, ya desaparecidas y presentes de las especies, han ido almacenando en lo que alienta, con energía genitora desparramada por el cosmos. Conservar, a través de las mutaciones incesantes y de los asaltos y peripecias de los elementos todos, que, en lucha eterna, bullen como horno monstruoso, la forma personalísima, de características esenciales, que dan los trazos inconfundibles de total diferencia. Adquirir la capacidad, por un milagro inescrutable de ritmo y armonía, de transmitir a un nuevo individuo la forma íntegra con todos sus atributos, prolongándose por tal manera en impulsos de eternidad. Disfrutar, en síntesis, del soplo

misterioso, que todo lo penetra y embellece, animador del átomo y de los sistemas planetarios, fragor en los cataclismos, profundidad y estremecido ensueño en el agua salobre, mansedumbre luminosa en los campos dorados por el sol de la mañana, sonrisa en la boca del párvulo, ternura en los ojos amados, canto sedante y puro en los labios de la madre que columpia una cuna. De ese soplo, cuya presencia, en amorosa prodigalidad, por doquiera se advierte, sin que la pequeñez de la mente humana lo abarque en su grandeza, y ante el cual, los pueblos de todas las épocas, han hundido la frente en el polvo, en demanda de una explicación de los enigmas y del apaciguamiento del destino.

Tal es vivir para todo lo creado. Pero por sobre semejante vida, que alienta desde el cristal hasta el vertebrado de mayor evolución específica, diferenciándolos de modo categórico; palpita otra excelsa, que las domina todas, sondeadora de infinitos, cuya misión primordial es la del ascenso perenne, en círculos radiantes, que se amplían a medida que violan el misterio, en ansias de liberación definitiva: la vida del espíritu.

Y con esto, en simbólico resumen, está dicho lo referente al hombre: inquietud generosa y constante del pensamiento, espiritualidad de la carne y dulcificación del instinto, aproximación por diversos caminos hacia la Verdad y la Belleza inefables.

En esencia, lo único que distancia al ser humano de los reinos vegetal y animal es su afán de mejoría, que no lo da sino el espíritu. El animal siempre es presente porque le falta el juicio. El hombre es pasado, presente y futuro. Y de la sola enunciación de tal verdad, surge, como corolario lógico, la urgencia apremiante del adiestramiento de recursos mentales y morales para el logro de nobles fines que, consciente o subconscientemente, piden realidad en la entraña de lo que constituye nuestra fuerza suprema.

El desconocimiento del pasado, es la destrucción

de los dones del presente. Allá, entre la gasa brumosa de la historia, se recatan los dolores y el heroísmo, la ciencia y la experiencia, el arte y el sentimiento, y también la estupidez y el crimen, los vicios y fanatismos, los martirios y derrotas, de los que nos han precedido en su marcha hacia la tumba. Todo ello, nutrido de alma, depurado, aguzado, forma los eslabones de la gran cadena de pensamiento, que arranca desde el hombre primitivo, para tornarse al presente, en focos esplendorosos de ciencia y de prodigio, en las mentes de Luis Pasteur y Tomás Alva Edison.

El pasado no es palabra vana, y quienes, en un desconocimiento total de las leyes biológicas, intentan destruirlo o se afanan en ignorarlo, agostan las raíces por las cuales asciende la savia nutricia de las generaciones presentes y futuras, y ciegan el hontanar de férvidas enseñanzas y de mágicos símbolos.

Da él la indispensable prudencia vital a hombres y pueblos, y economiza, por la experiencia adquirida, múltiples esfuerzos cerebrales, que deben emplearse en el pulimento del tiempo en que se vive y en la plasmación de un porvenir grávido de promesas.

El presente es la concordancia incesante de lo que alienta, con el medio. Pugna épica por sostener aquella en el ritmo milagroso que constituye el triunfo de la vida. Lucha demasiado individualista, en un principio, puramente animal, puede decirse, cuando no se han ejercitado las potencias internas; pero que, muy luego, a medida que el espíritu, como un sol, va dorando las oquedades de la materia, se amplía dignificándose, y se intensifica cada vez más, no ya para el solo predominio del yo como ocurre en la bestia, sino también para bienestar y progreso de otros seres.

Y nótese de paso, que esta es una de las excelencias del alma humana: la capacidad para el trabajo y el sacrificio por el bien de los otros. Adviértese, de

preferencia, en tal hecho, el hálito vivificante, supremo, sublime del Creador.

Dar, dar siempre, con gesto magnánimo en que se derrocha espíritu y se estiliza la sensibilidad. Dar, en ademán desprevenido, al mendigo y al poderoso, al niño y al anciano, a la mujer diáfana como a la que maltrataron las turbulencias de los días Sembrar, arrojando la semilla a todos los vientos, en circunferencia ilímite, enhiesto e indomable el carácter, los ojos puestos en el horizonte, hacia el alcor donde surgen las auroras He ahí el hombre, el hombre completo, símbolo augusto en que vibran las más depuradas fuerzas de la vida, como trinan los pájaros en la recia copa de la ceiba.

El presente es la cruda realidad, el instante súbito en que palpita la zozobra del porvenir, instante cargado de trascendental sentido como que en él, queramos o no, esculpimos algún rasgo de nuestra personalidad, por insignificante que juzguemos la acción, o contribuimos a aniquilarla en tiempo más o menos próximo.

El presente es nuestra absoluta responsabilidad, la hora precisa en que la existencia nos exhibe ante el destino, reclamando todos los vigos de que seamos depositarios y en que tallamos nuestro devenir y el de los seres que nos rodean.

El pasado no es real sino en nuestra conciencia, y con respecto a él estamos eximidos de toda culpa, bien porque sepamos interpretarlo o porque lo ignoremos en su totalidad. Pero el momento actual es solo nuestro, irritación íntima de todas nuestras células, lo único positivo conque contamos. Es menester aprovecharlo con todo entusiasmo y fe, y darnos cuenta de los deberes con que nos obliga. Precisa agarrarlo, con la voracidad del sitibundo ante el fruto sazonado, para exprimirle los jugos saludables, procurando, en impulso crítico de la voluntad, el rechazo de los de acre o nocivo sabor.

En el porvenir hay mucho del presente. Retoño frutífero o endeble de la cosecha que ahora sembramos. Innúmeros sueños de los que hoy pueblan nuestra mente, serán animados mañana por los contornos de cosa viva, como la crispatura sostenida y vigilante del músculo, repuntará, dentro de poco, en dones de la tierra maternal o en los productos de la industria, planeada con científica comprensión.

En aquél si alienta gran parte de nuestro yo actual, de tal suerte que, según avancen los días y se vaya cuajando ante nuestros ojos, podremos, en horas de íntimo análisis, reprocharnos las angustias y miserias con que nos aflija, o regocijarnos por la prosperidad y alegría de que trae abrumadas las alas.

Somos, lo repito, responsables del presente, y, en porción no despreciable, también del porvenir. Tal pensamiento debe fulgir como lámpara votiva en el fondo de cada conciencia, para que alumbre los actos todos y vitalice los anhelos e ideales del pueblo.

Vosotros, hombres modernos, fervor y promesa de mi patria querida, que transitais ilusionados por estos claustros donde se alquitara un destino grandioso, sois los vigías a quienes corresponde, especialmente, mantener vívida la llama de la gran esperanza, darle significación excepcional a la labor de vuestros cerebros y cumplir, como hidalgos, los compromisos que habeis contraído con la república y con la democracia universal.

* * *

Como bien se comprende, para el cumplimiento de las altas funciones del espíritu que dejo esbozadas, es necesario el cultivo de éste, de modo intenso y en todo campo, atendiendo rítmicamente a los fines éticos e intelectivos, de cuyo ponderado desarrollo depende la supremacía de la personalidad humana.

Fines éticos e intelectivos, he dicho, porque el

desequilibrio en materias de tanto monta, da resultados en veces más perjudiciales que la sencillez de corazón o la parquedad de conocimiento.

Y aquí cabe la enunciación de dos palabras, cuyo estricto significado no se aprehende, en ocasiones, como es debido, y que, al interpretarlas de modo erróneo, son el origen de graves males. Refiérome a cultura y civilización.

Constituye la cultura, de preferencia, el pulimento de las facultades anímicas y cordiales del hombre, en cualquier estado de desarrollo en que se le considere. Es personalidad, elaborada con ansia de claridad interior. Culto llámase al de recto corazón, de sanas intenciones, amante de los goces del espíritu, que busca en sus interioridades, por todos los caminos, la musicalidad de una conciencia transparente, que pugna por expandirse en seres y cosas para formar un todo armónico.

De allí que la cultura sea múltiple y que un pueblo, exponente de una sola civilización, pueda tener tantas muestras de aquella, cuantos sean los individuos que lo forman.

La civilización abarca los asuntos espirituales y materiales de un grupo humano, que ha sumado sus propias culturas o las ha copiado de otros pueblos, para formar el arquetipo de vida común. "Marca, como dice Spengler, el extremo y más artificioso estado a que pueda llegar una especie superior de hombres".

En la primera se advierte siempre el rastro del ascenso moral del individuo, aparte del cultivo de la inteligencia; mientras que en la segunda, puede hacerse caso omiso de aquél sin que haya perjuicio para la justeza de la expresión. Culto fué Platón, y como tal se ha presentado en todos los tiempos para orgullo humano; más juzgado con el criterio complicado de las épocas modernas, quizá, en vez de civilizado, aparezca como un semisalvaje. De igual modo, grandes criminales se han exhibido como profundamente civilizados, sin

que nadie, que tenga noción clara del poder interpretativo de los vocablos, se le ocurra aplicarles el calificativo de cultos.

Precisamente, una de las máculas que deslustran la faz de nuestra alma colectiva, reside en las sendas erradas por donde nos han conducido los términos de que antes hablaba. Trastocados en la conciencia nacional, y en vez de incluirlos, con criterio preciso y límites bien definidos, en nuestra sensibilidad de pueblo nuevo, de modo que fueran guías expertos de nuestros actos y mañana, la concreción de firmeza, consciente y altiva, de la personalidad colombiana, se han tornado en reflejos espasmódicos de un organismo, cuyos centros directivos padecen la anemia más pavorosa que es la ideología.

Hemos cometido la grave falta de ser civilizados antes que elaborar una sólida cultura. Y como apunta Ortega y Gasset “toda civilización” recibida es fácilmente mortal para quien la recibe. Porque la “civilización”—a diferencia de la cultura—es un conjunto de técnicas mecanizadas, de excitaciones artificiales, de lujos o “luxuria” que se va formando por decantación en la vida de un pueblo. Inoculado a otro organismo popular, es siempre tóxico, y en altas dosis mortal. Un ejemplo: el alcohol fué una “luxuria” aparecida en las civilizaciones de raza blanca, que, aunque sufran daños en su uso, se han mostrado capaces de soportarlo. En cambio, transmitido a Oceanía y al Africa negra, el alcohol aniquila razas enteras”.

Somos civilizados, materialmente, sin duda alguna. Por lo que respecta a las exigencias del afán cotidiano, las atendemos con relativa facilidad, a despecho de esos manchones humanos, doloridos y resignados, que pueblan los campos de Boyacá y Cundinamarca, embrutecidos por la chicha, en muda protesta contra un feudalismo aberrante, que no ha sabido elevarlos a la categoría de seres nacionales. De tarde en tarde, los avio-

nes rayan la comba de los cielos, con su trepidación promisoría e inquietante. Acórtanse las distancias merced a carreteras y ferrocarriles. Vamos conociendo la delicia tonificante del baño diario. Vestimos de acuerdo con el último figurín de Londres o de París. El balón y la raqueta se han convertido en algo tan trascendente como una institución de la cual depende, en el futuro, el rumbo de la juventud. Conocemos el encanto exótico de las literaturas novísimas, hasta el punto de que, en altivo gesto revolucionario, damos los pasos para suprimir las mayúsculas, al par que alcanzamos las alturas de una crítica demoledora y furente. Nuestros nervios suprasensibles, agotados en experiencias de supremos refinamientos, saben ya de la embrujada morbosidad de las drogas heroicas. Apunta en nuestro suelo la planta roja del bolchevismo y del comunismo, como si fuéramos descendientes de aquellos en cuyas carnes, el knut de los czares dejó sierpes de ignominia por los siglos de los siglos. Nos preparamos con tesón, en desdenoso gesto de escepticismo, por desconocer a los mejores, a los más capaces, a los verdaderamente cultos, para fundar la niveladora aristocracia de lo mediocre. El capitalismo ha adquirido a insolencia agresiva que lo caracteriza en los grandes centros de Norte América y Europa, donde es el ultraje del proletario y la mengua del cristianismo Sin derecho a negarlo, la civilización ha tocado a nuestras puertas.

Quizás no podremos decir otro tanto de la cultura, bien entendida. El cociente de nuestra moralidad y del sentido biológico humano, que tiene como base suprema la doctrina de Cristo, no ha llegado a la cima que era de esperarse. Aun la filosofía propia, vernácula, surgida de nuestras necesidades y anhelos, con vínculos estrechos hacia la íntima comprensión de los graves problemas que agitan otros pueblos, de orígenes similares a los nuestros y de mayor evolución, no ha aparecido por parte alguna. En cuestiones de arte, apenas

poseemos modestos ensayos, de mérito relativo por lo que a colombianismo se refiere, desligados, aquí y allá, por la garrulería explosiva de capillas y cenáculos, cuya génesis arranca de las tabernas de París y Lenigrado. Nuestra personalidad de grupo nuevo, que debía ser recia, fuerte, desafiadora, personalidad de pueblo consciente, que se da cuenta cabal de sus tradiciones, que sabe, con juicio certero, analizar la hora en que se vive y que planea serenamente el futuro, sin ocultar ni inflar bonanzas, ha sido substituída por la incoordinación de los abúlicos y megalómanos, intoxicados de retórica; y por el reflejo de sociedades ajenas a nuestro medio, ya envejecidos en tanteos y experiencias, y cuyos ojos fatigados contemplan hacia atrás, los jirones de gloria que, lentamente, se desvanecen en las brumas de lo que fué. Corremos hacia una saxoamericanación, lo que implica una lamentable despersonalización.

El módulo de nuestra psiquis y de las actividades conjuntas, ha sido regido no por la imitación, el gran estimulante del avance individual y colectivo y preciada muestra de capacidad asimilativa de la inteligencia, sino por el plagio, síntesis de la pereza mental, frondosidad infecunda de palabras y agitaciones, que simulan ideas, y expresión justa de carencia imaginativa. Aparte de que el plagio, marca la merma de los valores de un pueblo y es señal inequívoca de descastamiento.

Hemos plagiado, desde los métodos educativos, que pretenden convertir al niño en conejos de laboratorio, hasta el cemento, el grisoso cemento que, no por ser villana tierra, ha dejado de enturbiar las almas. El plagio ha sido la dínamo de un gran pedazo de vida nacional.

El cultivo del pensamiento, el análisis de los problemas más urgentes y de mayor vinculación a nuestra alma, la escogencia de los senderos por donde debíamos marchar americana y colombianamente, la formación de nuestros personalísimos ideales, se los hemos

encomendado al técnico foraneo, ante quien nos maravillamos, como el indio ante el fetiche, y quien suavemente nos desprecia porque nos juzga de raza inferior.

El técnico, es decir el hombre de la mecánica y de las ideas recortadas, que ignora y desdenna nuestra psicología y que ningún nexo guarda con este pueblo entristecido que lo paga; ha sido el ser providencial, la encarnación del mayor valor ideológico y, quizá sin pretenderlo, ofrendándonos sus modos de sentir extraños, nos ha guiado al calco más servil de cosas que no entendemos, que talvez por ahora no necesitamos y que no hemos logardo incorporar en nuestra sangre, pero sí en nuestras veleidades de desmedido ruralismo. Y a lo mejor, por lógica resultante de los hechos, nos hemos quedado con la sonoridad de la palabra, pero sin técnica ninguna para la vida.

Proclamémoslo con franqueza: hemos pecado contra el espíritu, y el espíritu se venga. Sugestionados por las falacias del plagio y, desbordada la vena admirativa de pueblo ingenuo, quisimos asimilarnos, sin previo abono, el concepto sobre práctica del hombre rubio, y lo hemos hecho con tan embotado discernimiento que, al presente, aquella se confunde con el desbarajuste y el fracaso en todo campo, y por lo que respecta a las ideas, guías insustituibles para la más modesta empresa manual, permanecen en estado de larva en la oscuridad de la conciencia colectiva. Fuimos sensación en vez de pensamiento. Saboreamos el engaño, cuando debíamos iluminar la realidad, la vida, lo único positivo, con ojos penetrantes y encendido corazón.

Por un desconocimiento de las leyes históricas, abdicamos del pasado como cuestión de poca monta. Nada significaron las tradiciones aborígenes; el genio de la raza en que alentaba el castellano fiero, de personalidad macisa, temerario y generoso, amante de la Cruz y galante con la mujer; las gestas definitivas de los héroes criollos, que incrustaron en los pechos americanos

la noción intrépida de patria; los días de altivez y decoro de la república, en que la democracia crepitaba como una selva incendiada. Nosotros los antioqueños, recludos entre estos murallones de los Andes, olvidamos aquellas virtudes, olorosas a tierra buena y a ubérrima cosecha, que se recataban íntimamente, bajo la ruana castiza, en los nobles y rudos abuelos montañeses. El patriotismo fué palabra romántica, de manido sentido, con ribetes de ridículo. Queríamos incorporarnos a todo trance en la "civilización" moderna, y el apego a las cosas viejas, que no por serlo dejan de vivir, era de un sentimentalismo vacuo.

Acción, y solo occión civilizadora pedía el anhelo renovador de los iniciados. Es cierto que teníamos nuestra cultura, grata en su sencillez, porque todo pueblo la tiene, pero suspirábamos por la ajena. Holgaba el estudio de nuestra raza híbrida, del medio tropical, agresivo y borbollante en que nos debatimos, del momento histórico en que nos enfrentábamos con los escuadrones de la existencia. La orden era de avance en saltos, sin mirar hacia atrás, desconectándonos de los muertos, cuyas almas vibran siempre a través de los vivos. Y fué el triunfo de la locura y de la incompetencia, a base de técnica, uncido al carro de un imperialismo brumoso que, no obstante el lacerar el alma de patriotas señeros y silentes, atraía a los incautos como las pupilas preñadas de hechizo de la pecadora.

Las clases directoras corrompieron al pueblo, quizás involuntariamente, pero lo corrompieron. Diéronle un concepto desmesurado de la existencia, poblándole el cerebro de imposibles y vanos sueños. Adulteraron los valores intelectuales, morales y económicos, y rompieron, en gesto audez de paralíticos generales, el ritmo del trabajo y de las esclarecidas virtudes cívicas. Diluyóse nuestra personalidad terrígena, en una postiza y evanescente, con modalidades de otras zonas y otras razas. Fuimos el organismo desorbitado y un tanto có-

mico, en medio de un destino deshecho, del labriego que, por artes de magia, de la noche a la mañana, deja olvidados, en los rincones de la alquería los instrumentos de labranza, y se convierte en el dandy refinado, que pavonea en los salones el corte irreprochable del frac.

Como resultado final, y con el determinismo aplesante de las impurezas espirituales, llegamos al estado presente: el de la crisis.

Palabra fatídica, resumen de males, roña del alma, que va desvalorizando fuerzas y tornando los ánimos en malpocados y sombríos. La crisis: colosal disculpa de nuestra impericia, catafalco monstruoso en que queremos sepultar, ante las miradas voraces de la historia, la quiebra definitiva de nuestros hombres dirigentes.

Se ha dicho que es mundial, y ello es cierto, si se abarca en conjunto el panorama del mundo. Pero si se analizan los hechos con juicio desinteresado, la nuestra obedece a causas que arrancan de las raíces que nos nutren, entre las cuales no es la menor el desconocimiento del pasado de que antes hablaba. Es puramente local, y tiene la limitación que le han marcado el intelecto y la ética de aquellos a quienes confiamos la interpretación del sino del pueblo.

Seamos francos con nosotros mismos. La crisis nuestra es el pecado máximo de ocho millones de colombianos, sugestionados y sugestionadores, que han ofendido al Santo Espíritu.

De allí nuestra congoja, que es solo expiación. Nos oprimen horas desorientadas y turbulentas, en que los ánimos se entenebrecen, y en que los hombres todos tienden los puños crispados en demanda de pan y de trabajo, con la rota actitud del que quiere agarrar el ensueño reconfortante y sólo encuentra el vacío en la cuenca de la mano.

Vivimos en el colapso de la tragedia. Perdida la

fe en la vida, cúspide del dolor humano, nos ha invadido el miedo, más contagioso que la esperanza, y desconfiamos del cerebro, del músculo y de los hombres. Nuestros estadistas son sombras martirizadas, que vagan en el infierno de la incompetencia.

Semejante estado de lipemania, nos arrastra a la inacción y a la zozobra, cegándonos para la rebusca de recursos salvadores. Aparte de que nos interioriza fisiológicamente, convirtiéndonos en debilitados progenitores de alma y cuerpo. Las generaciones futuras sabrán de las angustias de esta época, por la endeblez de su organismo y la vacilante dirección del pensamiento.

Por fortuna, y como consecuencia natural de los trastornos sociales y de las inquietudes en que nos agitam, surge la revolución que es la revaluación de lo existente y el despertar de la conciencia anestesiada.

Los pueblos no sucumben de súbito como el individuo. En los momentos en que todo aparenta abismarse en el caos, aparecen recursos ignorados, elementos dispersos con que no se contaba, valores espirituales latentes, la labor de los abuelos recóndita y anchurosa, que abren el cauce para el afianzamiento de un impulso sostenido donde se plasman los gérmenes de una cultura superior.

Tal como ocurre en la naturaleza. Fuerzas potentes que se desintegran, cambian de rumbo, se entremezclan, se depuran, lo arrollan todo, para dar por resultante, al fin del cataclismo, la complicada suntuosidad de una frágil parásita o la gema de un diamante en el fondo de la mina.

El imperativo de vivir es categórico y no lo quebrante ningún derrumbamiento.

Estamos en plena revolución, y negarlo es ofender la parábola de los hechos. Revolución ideológica y trascendente, en que, aleccionados por el pasado y por la hora saturnina que nos tortura, debemos exprimir de nuestro yo multiforme, el cordial pensamiento construc-

tivo y regenerador, que nos falta para entrar con paso de conquistadores en el futuro.

Precisa ya la noción exacta de la propia cultura, saturada de jugos terrígenos, con arranque impetuoso hacia un intransigente nacionalismo. Las voces venidas de la tumba, que gorjean en las gargantas de los pequeños y son suspiro de ternura en labios amados, nos sugieren que, para ser ciudadanos del mundo, necesitamos serlo primero del campo que embellece el sol familiar, después de haber empedernecido el alma con los vahos del bosque nativo, el anhelar doliente de los hombres que rompen el surco y con esa lumbre sutil y vívida que va del corazón de quien sabe sentir y amar, hacia el pecho femenino, donde se recata la ventura.

El presente sombrío y envenenado por el pretérito iluso, es dádiva fecunda de los hados si sabemos compenetrarlo de espíritu. En él reside nuestro vigor potencial, toda nuestra ideología exasperada por reformas, el dolor concentrado de nuestros remordimientos, el acongojado anhelo por encontrar la fórmula de salvación y de esperanza para nosotros y para los hijos, engendrados en el íntimo amor angustioso.

¡Bendita la crisis que nos da la reconcentración prolífica de nosotros mismos! Podremos entonces probar el temple de nuestras fibras cordiales y gritarle al mundo, con la estridencia de pueblo joven, en ansiedad de grandeza, saturados con la savia de la tierra amada, de la que transforma en jugos nutricios y en sombras tutelares, los seres queridos ya muertos; que si hoy sufrimos, mañana seremos fuertes y serenos, con la serenidad que da el sufrimiento, y que si las fronteras de la patria están abiertas para todo lo que implique trepidación de cultura legítima, cerradas, con aspilleras de odio se encuentran, para las huestes voraces, que intenten convertir en feudo este glorioso pedazo de la América indo-española.

Me dirijo, en especial, a vosotros, estudiantes de la

Universidad de Antioquia, renuevos de mi pueblo y de mi raza. Sois el presente y el porvenir. De vuestros actos y de la comprensión que tengais sobre la vida y sus graves problemas, depende la suerte de la república. Estáis obligados a marcar los derroteros del pueblo, en surco profundo y soleado, como esos caminos rojizos, visibles desde el valle que, en espirarles audaces, llevan a la liberación de la montaña.

Tenéis que abroquelaros contra el miedo y rehuir las indecisiones de la debilidad. La ciencia que buscáis y que debéis perseguir con fervor de cosa amada, es preciso humanizarla, amasándola con las aspiraciones del pueblo. Urge que sea fábrica, industria, arte, higiene, justicia, vida generosa, en una palabra, en que los hermanos de encallecidos remos y músculos de acero, que crean la riqueza y sufren los ultrajes de un capitalismo sin entrañas y disolvente, tengan derecho a los dones de la existencia, puesto que los han conquistado con valor masculino. Vida noble y creadora, en que la tierra madre, madre tiene que ser para los capaces y dignos, que estrujan sus entrañas en inquietudes de redención y allí dejan el grano, que ha de ser pan dorado y sávido en el hogar de los que han hambre y sed de justicia.

Estos claustros están sedientos de alma. No son los muros inexpressivos de cemento y ladrillo, sino las arcadas majestuosas bajo las cuales se caldean las mentes. Palpita aquí la gran conciencia de la patria. Perfilanse por doquiera, en la tranquilidad de las salas severas, las mil incógnitas del destino, que lo queremos proceros y de dilatadas proyecciones.

Toca a vosotros resolverlas, sin olvidar que el ambiente en que respiramos está cargado de mensajes que vienen del pasado, reclaman el aliento vivificante a la hora de ahora y ansían adentrarse en el futuro, con la potencia de los reflectores que sondean la noche del campo de batalla.

Y mientras se modela, en la calma pensativa del estudio, con estremecido burilar de análisis, el prototipo de la cultura genuina, reíd hombres nuevos, ya que os aroma la primavera, pero hacedlo con el reflejo interior de las estatuas, en que el artista ha infundido la magna alegría de la creación.

—
Alfonso Castro

INFORME DE UNA COMISION

Señores Académicos:

El doctor J. A. Sierra ha presentado a la Academia de Medicina un trabajo muy interesante y muy de actualidad, titulado "Contribución al estudio de la trepanación en las fracturas del cráneo con hundimiento óseo, y sus complicaciones". El estudio que hace de estos traumatismos de la bóveda está basado en 18 observaciones personales que se descomponen así:

Fracturas expuestas, con hundimiento	13
Fracturas de la bóveda con propagación a la base	3
Fracturas con herida del seno longitudinal superior	2

En las 13 del primer grupo quedan comprendidos tres casos de herida de la meníngea media y varios de hemorragia extradural. En las 13 operaciones de urgencia obtuvo el doctor Sierra 12 curaciones y una muerte, resultado brillante que habla muy en favor de la intervención precoz.

En el segundo grupo hubo dos muertes y una curación, lo cual está en relación con la mayor gravedad de las fracturas de la base, y en el tercero, una curación y una muerte.

El tratamiento de las fracturas del cráneo es siempre un tópico de actualidad, y la discusión de las indicaciones operatorias continúa al orden del día en las corporaciones científicas. La sintomatología y el pronóstico dependen de las lesiones cerebrales y de la compresión; el hundimiento óseo

per se tiene muchísima menos importancia. Hace poco—en trabajo experimental sobre animales—exponían los doctores Naffziger y Glaser, la conclusión de que el cerebro no lesionado soportaba, sin producir sintomatología apreciable, hundimientos óseos de consideración: el órgano tiene la propiedad de adaptarse a las nuevas condiciones de la caja rígida que lo encierra, mientras no haya lesión estructural ni compresión por edema o lesiones meníngeas.

La inmensa variabilidad de la sintomatología y la ausencia de síntomas aun en casos de lesiones graves, hacen difícil el sistematizar la línea de conducta que debe adoptarse en presencia de los traumatismos craneanos; pero sí es posible trazar algunas reglas generales, aunque es claro que el estudio concienzudo y paciente de cada caso particular puede traer variaciones en el tratamiento.

1o. Las heridas contundentes de las partes blandas obligan siempre a una exploración metódica, aun en ausencia de sintomatología cerebral. La presencia de una fractura con hemorragia extradural es muy común en estos casos, y el peligro de la infección meníngea y del absceso cerebral es inminente. La exploración, la craniectomía y un buen drenaje son indispensables. La observación IX del doctor Sierra es muy ilustrativa a este respecto.

2o. Las fracturas expuestas de la bóveda indican siempre la operación inmediata: exploración, extracción de esquirlas y de cuerpos extraños, hemostasia, drenaje. De los 13 casos del doctor Sierra deducimos el resultado: 12 curaciones y una muerte: ésta es debida a la tardanza en intervenir, pues se dejaron pasar 8 días entre el día del accidente (la herida fué tomada como leve y se suturó), y la trepanación. (Observación IX, la misma citada anteriormente).

3o. Las fracturas expuestas, conminutivas, con destrozo de la sustancia cerebral, son de una gravedad extrema. Son frecuentemente producidas por balas de plomo no blindadas. Están acompañadas por fenómenos de contusión, edema cerebral, sufusiones sanguíneas y hemorragias. La meningo-en-

cefalitis y el absceso cerebral son generalmente la causa de la muerte. La indicación operatoria es imperativa, aunque los resultados son poco satisfactorios en la mayoría de los casos.

4o. Las fracturas expuestas de la bóveda con propagación a la base son muy graves también: la exploración de la herida, la trepanación prudente, el drenaje, están indicados, pero el pronóstico lo dan las lesiones cerebrales concomitantes o dependientes de la fractura, de la base o del traumatismo en general. Dos de los casos de muerte del doctor Sierra son de este tipo.

5o. Las fracturas cerradas de la bóveda tienen dos indicaciones operatorias precisas: la compresión cerebral y la irritación parcial de una superficie nerviosa especializada. En el primero, la operación debe hacerse inmediatamente después del diagnóstico, y no dejarse para cuando los fenómenos compresivos hayan llegado al extremo. En el segundo, hay más lugar a la observación y a fijar el tiempo propicio para intervenir.

6o. Las fracturas de la base son, en su mayor parte, susceptibles de tratamiento conservador y la craniectomía está indicada muy rara vez.

En resumen: en la inmensa variabilidad de las lesiones nerviosas producidas por traumatismos craneanos, hay dos indicaciones precisas para intervenir: 1a. la prevención de la infección meníngea, y 2a. la compresión cerebral. El aumento de tensión intracraneal puede ser de dos tipos: a) Casos con aumento de presión y signos nerviosos que indican con alguna exactitud la superficie cerebral afectada. El tipo clásico es el cuadro clínico producido por hemorragia de la meníngea media. b). Casos con aumento de presión sin signos de localización, tal como el cuadro del edema general del cerebro en el síndrome de contusión que acompaña los traumatismos craneanos con fractura o sin ella. El primer tipo necesita la intervención de urgencia; el segundo puede tratarse médicamente con resultados favorables en muchos casos: punción lobar repetida, drásticos, solucio-

nes salinas hipertónicas intravenosas. Grant aconseja un lavado rectal de 60 gs. de sulfato de magnesia en 180 c. c. de agua cada cuatro horas por cuatro veces, y luego una onza en la misma cantidad de agua cada hora, por otras cuatro veces. La inyección hipertónica recomendada es de 100 c. c. de solución de cloruro de sodio al 15%, aplicada muy despacio.

He visto con mucha frecuencia cerrar sin drenaje y sin exploración las heridas de la cabeza. Este es un error que puede traer consecuencias fatales. Toda herida del cuero cabelludo debe ser explorada, desbridada y crecida si es necesario; si no hay fractura se regularizan los bordes traumatizados, se desinfecta la herida con tintura de yodo o con una irrigación suave de solución Carrel, se suturan las partes blandas y se deja un dren por 12 horas. Si hay fractura lineal sin cuerpos extraños ni esquirlas, el procedimiento no varía, pero si la fractura tiene bordes irregulares se regularizan, y si hay depresión se levanta el hueso. Siempre se deja el dren por 24 horas. Si hay esquirlas se quitan sólo los fragmentos que sea absolutamente necesario, dejando los demás que, aun desprovistos de periostio, pegan las más de las veces. Es necesario suturar bien la dura si hay desgarraduras, pues una buena sutura dural es la mejor manera de evitar la infección.

Los casos que presenta el Dr. Sierra abonan el éxito de un tratamiento adecuado, y el porcentaje de curaciones (77-8%) supera con mucho las cifras dadas por autores clásicos. Esto confirma mi idea de que la cirugía craneana, con indicaciones precisas y sin pérdida de tiempo precioso para el enfermo, dará cada día mejores resultados.

Para terminar me permito proponeros:

1o. Llámese al doctor J. A. Sierra a hacer parte de la Corporación como miembro de número.

2o. Publíquese el trabajo a que he hecho referencia en los "Anales de la Academia".

Vuestra Comisión,

Gil J. Gil, M. D.

DIAGNÓSTICO Y TRATAMIENTO DE LA BLENORRAGIA

por el

Dr. J. Janet

Forma un tomo en cuarto mayor, de 552 páginas, esmeradamente impreso sobre excelente papel satinado, ilustrado con 148 grabados en negro intercalados en el texto.

DIATERMIA Y DIATERMOTERAPIA

por el

Dr. H. Bordier

Forma un tomo en octavo, de 724 páginas, esmeradamente impreso, ilustrado con 263 grabados intercalados en el texto.

LOS TUMORES DEL CEREBRO

por el

Dr. L. Puusepp

Forma un tomo en cuarto mayor, de 634 páginas, esmeradamente impreso, ilustrado con 221 grabados intercalados en el texto.

TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA

por los doctores

Enriquez, Laffitte, Laubry y Vincent

Constará de cuatro tomos en cuarto mayor. Publicados el primero, segundo (1.^a y 2.^a partes) y tercero (1.^a parte).

CIRUGÍA ELEMENTAL DEL MÉDICO PRÁCTICO

por el **Dr. J. Maissonnet**

Forma un tomo en cuarto mayor, de 1.020 páginas, esmeradamente impreso, ilustrado con 723 grabados intercalados en el texto.

DIAGNÓSTICO NEUROLÓGICO

por el

Dr. Levy-Valensi

Forma un tomo en cuarto mayor, de 668 páginas, esmeradamente impreso, ilustrado con 195 grabados intercalados en el texto.

GERIATRIA

por el

Dr. M. W. Thewlis

Forma un tomo en cuarto mayor, de 368 páginas, esmeradamente impreso, ilustrado con 24 grabados intercalados en el texto.

Solicítese el catálogo de la Sección de Ciencias Médicas a la Casa

SALVAT EDITORES, S. A. 41-Calle de Mallorca-49 : BARCELONA

